

# Infancia en blanco y negro: La experiencia de la crianza en Estados Unidos a principios del siglo XX

## *Childhood in Black and White: The Lived Experience of Being Mothered in the Early 20th Century United States*

Laurie A. WILKIE

Department of Anthropology, University of California, Berkeley, Berkeley, CA 94720  
lawilkie@berkeley.edu

Recibido: 02-07-2009

Aceptado: 08-02-2010

### RESUMEN

*En este artículo se analiza la capacidad de los niños para actuar en su mundo, pero también las maneras en que los discursos nacionales relativos a la maternidad, roles de género, raza, higiene y salud, modelaron las experiencias cotidianas de la infancia en los inicios del siglo XX. La evidencia arqueológica que voy a analizar proviene de cuatro viviendas norteamericanas de principios del siglo XX. A pesar de la diversidad de experiencias económicas, etno-raciales y de subsistencia de estas familias, todas vieron la alimentación y la crianza de sus hijos modeladas por discursos creados fuera del ámbito doméstico.*

**PALABRAS CLAVE:** *Maternidad. Salud. Cuidados. Etnicidad.*

### ABSTRACT

*In this paper, I am going to discuss children's agency, but will also consider the ways that national discourses regarding mothering, gender roles, race, hygiene and healthcare, shaped the everyday experience of childhood in the early 20th century. My archaeological evidence will be drawn from four early twentieth-century American house sites. Despite the diversity of economic, employment and ethnoracial experiences of these families, each family found their nurturing and rearing of children shaped by discourses debated outside of the home.*

**KEY WORDS:** *Motherhood. Health. Care. Ethnicity.*

**SUMARIO** 1. Introducción. 2. La maternidad científica. 3. Evidencias de la maternidad científica: una mirada a cuatro unidades domésticas. 3.1 Los Hancocks de Los Ángeles, California. 3.2 Los Perryman de Mobile, Alabama. 3.3 La familia Cordes de Santa Mónica, California. 3.4 Los Freeman de la Plantacion Oakley en Louisiana. 4. Conclusiones

## 1. Introducción

En el volumen *Children and material culture* (Sofaer 2000) se aprecia un enorme interés por mostrar a los individuos infantiles como actores sociales con sus propias agendas, deseos y motivaciones. Esta publicación representó un significativo paso adelante en la Arqueología de infancia y, a partir de ese momento, otras muchas publicaciones han discutido la importancia de reconocer a los niños en el pasado (Ardren 2006; Rothschild 2002; Baxter 2005). Mi contribución a aquel volumen (Wilkie 2000a) se centró en las formas creativas con las que los niños observaron, influyeron y buscaron participar en su mundo, centrándome en la cultura material del pasado más reciente, principalmente desde 1800 en adelante. En aquel artículo, empecé a trabajar en asuntos tales como la raza y el racismo y en cómo conforman de diferente manera las experiencias del mundo material que tienen los niños, un tema que he continuado desarrollando en otros artículos (Wilkie 2000b, Wilkie y Farnsworth 2005, Clark y Wilkie 2006). En todo este tiempo he reflexionado sobre las restricciones y las fuerzas que modelan los contextos en los que viven los niños; en particular, sobre las presiones sociales que influyen en los cuidadores de los niños (Wilkie 2003).

En este artículo voy a discutir la capacidad de los niños para actuar en su mundo, pero también las maneras en las que los discursos nacionales relativos a la maternidad, los roles de género, la raza, la higiene y la salud, modelaron las experiencias cotidianas de la infancia en los inicios del siglo XX. A principios de siglo, la teoría de los gérmenes, o el reconocimiento de que las bacterias y otras formas de vida microscópicas eran las causantes y transmisoras de enfermedades, se convirtió en la base del paradigma médico en Estados Unidos. A pesar de que la higiene y las prácticas sanitarias habían sido componentes importantes de los trabajos domésticos a partir del último cuarto del siglo XIX, los nuevos avances en medicina y nutrición llegaban a las cuidadoras de niñas y niños como una información a veces ambigua y casi siempre cambiante sobre cómo asegurar la salud y el bienestar de los pequeños. Los descubrimientos científicos se hacían llegar a la población cuidadora a través de revistas populares y otra literatura prescriptiva, además de los médicos de familia, la iglesia, los grupos de apoyo y del boca a boca. La

comprensión tradicional de la gente sobre el cuerpo y su cuidado se mezclaba con las interpretaciones científicas.

Las mujeres, como cuidadoras predominantes de los niños a principios del siglo XX en Estados Unidos, eran las responsables de transitar a través de toda esa información para determinar el mejor modo de proporcionar el cuidado diario a los niños. Sin importar su estatus socioeconómico o su categorización racial o étnica, mujeres de todo tipo estuvieron implicadas en los nuevos discursos acerca de la “maternidad científica”. La “maternidad” a finales del XIX y principios del XX en los Estados Unidos todavía estaba influenciada por la ideas de la clase media de la Era Victoriana: las mujeres eran las cuidadoras de los niños, éstos tenían necesidades específicas según su sexo y edad que tenían que ser cubiertas para su desarrollo mental y físico óptimo, y para conocer esas necesidades se requería atención a tiempo completo por parte de la figura maternal.

La evidencia arqueológica que voy a analizar pertenece a cuatro viviendas de principios del siglo XX: la vivienda de los Cordes en Santa Mónica (principios del XX), la de los Hancock en Los Ángeles (ambas en California) (1885-1909), la de los Freeman en West Feliciana, Louisiana (1880-1930) y la de los Perryman en Mobile (Alabama). Los Cordes eran una familia de clase trabajadora de origen alemán, los Hancock pertenecían a la élite anglo-húngara, los Freeman eran afroamericanos que trabajaban como sirvientes domésticos en una plantación, y por último los Perryman eran terratenientes afroamericanos que habían ascendido económicamente con rapidez. A pesar de la diversidad de experiencias económicas, etno-raciales y de empleo de estas familias, todas encontraban la alimentación y la crianza de sus hijos dictadas por discursos elaborados fuera del ámbito doméstico. La arqueología nos permite ver cómo esas familias trabajaban con estas cuestiones ideológicas más amplias y creaban aproximaciones personalizadas al cuidado de los hijos. Aunque todo el debate ideológico provenía de fuera del ámbito doméstico, en última instancia sus experiencias de vida, corporales y relacionadas con la maternidad científica, fueron compartidas generacionalmente más allá de divisiones de género, clase o raza.

Antes de comenzar, me gustaría hacer también hincapié en la siguiente cuestión: aunque trabajo

en un periodo muy rico en textos, los temas que planteo sobre cómo se contempla la crianza y la expresión de las actitudes sobre el cuidado de los niños en el registro arqueológico, son relevantes para la arqueología de cualquier periodo histórico. La introducción de la infancia afecta a todos los aspectos sociales, económicos, políticos y rituales de la vida doméstica. Discutiendo la evidencia de un periodo con abundante información escrita, demostraré las muchas posibles fuentes de datos disponibles para la arqueología que estudia la infancia, incluso para un pasado menos documentado y más lejano.

## 2. La maternidad científica

Los principios de la maternidad científica se hicieron llegar a las madres norteamericanas a través de la literatura normativa, los anuncios, las revistas femeninas, y a través de los profesionales de la medicina, escuelas y grupos en las iglesias. La maternidad científica se desarrolló mano a mano con los nuevos conocimientos acerca de las causas y transmisión de enfermedades. La identificación de los gérmenes como causantes de enfermedad, combinada con la creciente comprensión del papel que juega la higiene y el saneamiento en la prevención de enfermedades, situó el frente en esta batalla contra la enfermedad en el espacio doméstico. Como mantenedoras de los espacios domésticos reconocidas socialmente, las mujeres fueron consideradas como soldados en esa guerra. Un creciente énfasis en la importancia de los saneamientos, el agua limpia, la manipulación correcta de los alimentos y la higiene personal se desarrolló en la sociedad estadounidense a partir de 1870. Doctoras reformistas como Elizabeth Blackwell estuvieron al frente del movimiento de salud preventiva que como resultado produjo grandes mejoras en la salud de niños y mujeres (Wood 1984: 233). El trabajo doméstico y la maternidad científica promovieron también nuevos estándares de limpieza (Tomes 1997).

La maternidad científica fue inicialmente una ideología que fomentó el empoderamiento de las mujeres que la siguieron. Las mujeres con conocimientos, que estaban al día de los últimos descubrimientos científicos, eran más capaces de cuidar y criar niños. Como cualquier profesional, las mujeres que trabajaban como madres podrían crear

un medio ambiente más seguro y sano para sus hijos siempre que estuviesen advertidas de los avances en su “campo” (Apple 1997; Litt 2000). La información acerca de las prácticas más modernas podría aprenderse a través de libros sobre la gestión del hogar y la etiqueta, de publicaciones sobre el cuidado de los niños, de periódicos y revistas, así como de la consulta con profesionales de la medicina. Una científica doméstica como Ellen Richards, la primera mujer miembro del Instituto Tecnológico de Massachussets (MIT) estudió el creciente interés en las ciencias domésticas y nuevas oportunidades de empleo para las mujeres (Stage 1997; Nerad 1999). La nutrición, la química de los alimentos y el saneamiento formaban parte de la nueva economía doméstica y, por ende, de la maternidad científica.

El texto más conocido de ese periodo dedicado a la maternidad científica fue la obra de Catherine Beecher y Harriet Beecher Stowe “*The American Woman’s Home or Principles of Domestic Science*”. Fue publicado por primera vez en 1869 y reimpresso en varias ocasiones, era un tomo de 38 capítulos y 500 páginas que ofrecía una descripción exhaustiva de la organización de la casa y el cuidado de los niños y la salud; este último apartado incluía discusiones acerca de dieta, ejercicio, limpieza e iluminación apropiadas y la forma correcta de ventilar una casa. El nivel de detalle ofrecido es extraordinario. Beecher y Stowe no se contentaban con explicar por ejemplo el cuidado de la piel, sino que proporcionaban descripciones de la fisiología de la misma y de las más recientes investigaciones acerca de cómo la formaba el cuerpo, incluyendo ilustraciones que representaban secciones de la piel con etiquetas detalladas de cada una de las capas y estructuras. Las autoras defendían que las mujeres debían hacer caso a la opinión del médico, pero siempre que éste hubiera explicado razonablemente la lógica y la ciencia que había detrás de su consejo. El libro de Beecher y Stowe fue seguramente el de más alto perfil científico de entre los volúmenes sobre ciencia doméstica usados por las mujeres de finales del XIX y principios del XX, aunque los mismos principios de la maternidad científica se publicaron también en otros trabajos (Campbell 1881; Parloa 1910).

La introducción de las teorías sobre los gérmenes, es decir, el reconocimiento de que las enfermedades estaban causadas por organismos microscópicos en vez de por desequilibrios en los humo-

res, coincide con los movimientos de salud que promovían el consumo de vegetales y cereales, liderados por nutricionistas como Sylvester Graham y Will K. Kellogg. Éstos afirmaban que una dieta alta en fibras mejoraba la función intestinal y, por tanto, mejoraba la salud, ya que los organismos que potencialmente podrían causar enfermedades dentro del intestino eran evacuados antes de que pudieran hacer daño. La dieta que proporcionaba una forma de mantener la salud intestinal y la regulación de la salud del aparato digestivo se convirtió en uno de los sellos de la maternidad científica, con un amplio rango de productos desarrollados específicamente para niños. Entre éstos estaban los alimentos medicinales que a menudo derivaban de los experimentos químicos de Joseph Liebig. Maltas, aceites y extractos de ternera se usaron como suplementos alimenticios para asegurar el crecimiento de los niños. Alimentos como las aceitunas (Apple 1997; Wilkie 2003) se usaron como suplemento o como purgante. Los enemas eran vendidos por catálogo de forma habitual a través del correo a finales del XIX y principios del XX. Asegurar la regularidad intestinal empezó a ser uno de los soportes de la maternidad científica. Beecher y Stowe explican la importancia de mantener la salud intestinal como sigue:

*“La excesiva retención de excrementos permite la absorción de su parte más líquida lo que causa impurezas en la sangre y las excreciones duras y nudosas actúan más o menos como cuerpos extraños que por su irritación producen una concentración de sangre hacia los intestinos y a las vísceras vecinas que termina en inflamación. Esto también tiene un efecto importante en todo el sistema causando la concentración de la sangre en la cabeza que oprime el cerebro e interfiere en la mente, desquiciando las funciones estomacales, causando flatulencia y produciendo malestar general”* (Beecher y Stowe 1870:336).

Debido a que la maternidad científica se construye sobre nociones de buena nutrición, apoyándose en la regularidad digestiva, y en la teoría de los gérmenes y de higiene, es fácil encontrar huellas de su práctica en el registro arqueológico. Ciertos productos, selección de alimentos y prácticas son evidentes.

La introducción y la permanencia de la ciencia en el ámbito doméstico dio a las mujeres un medio para expresar sus conocimientos en el campo de la maternidad y la domesticidad, de tal

forma que los movimientos referidos a la maternidad científica y la economía doméstica promovieron el culto a la verdadera condición femenina. Ésta era una idea victoriana según la cual las mujeres eran por naturaleza morales, sagradas y centro de la crianza de la casa (Wall 1994). Como idea hegemónica, el culto a la verdadera condición femenina fue visto como la naturalización de la superioridad de la mujer blanca y de clase media que, por las ventajas que le proporcionada su estatus legal y económico, podría dedicarse en exclusiva a sus labores de cuidado de los hijos. Ser una mujer trabajadora o de color te excluía de la verdadera condición femenina y por tanto te convertía en una mala madre. Cuando este culto empezó a arraigar en la vida americana alrededor de 1830, la mayor parte de las mujeres afroamericanas vivían en la esclavitud y tenían poco control sobre el cuidado de sus hijos. Los estereotipos sobre las mujeres afroamericanas desarrollados durante el periodo de esclavismo, las dibujaban como madres pobres y despreocupadas. Tras la abolición de la esclavitud las mujeres siguieron batallando contra esos estereotipos (Collins 1990). Inicialmente, la maternidad científica ofreció la oportunidad a las mujeres afroamericanas de contrarrestar la idea de la maternidad como dominio exclusivo de las mujeres blancas. Si la buena maternidad se basaba en la práctica y el aprendizaje, las mujeres afroamericanas podían asumir estas conductas ellas mismas y por consiguiente, a través de sus acciones podrían crear una imagen distinta a los estereotipos racistas.

La maternidad científica encajó en los grandes movimientos sociales afroamericanos en un intento por mejorar la salud pública. Las mujeres fundaron “clubs de mujeres” que se centraban en el servicio a comunidades o causas particulares, acometiendo lo que en los círculos de la maternidad científica se conocía como “domesticidad municipal” (Stage 1997:30). Bajo este modelo, la comunidad era como una extensión del ámbito doméstico. A través del trabajo del club y del trabajo en la iglesia, las mujeres negras eran capaces de participar en y opinar sobre las políticas de salud pública a finales del XIX y principios del XX. Estos grupos de mujeres afroamericanas de clase media y alta construían hospitales, escuelas y centros de salud de día para atender a las mujeres de clase trabajadora. Universidades afroamericanas, como Grambling, Tuskegee, Southern University y otras

enfaticaban el servicio a la raza y el voluntarismo hacia la comunidad entre sus estudiantes.

Publicaciones producidas por la población afroamericana y dirigidas a la misma muestran la influencia de la maternidad científica. En la edición de marzo de 1911 de la revista *Crisis*, la columna “Hablemos sobre mujeres” escrita por John E. Milholland trataba acerca de la enseñanza de la maternidad científica con un énfasis especial en enseñar a los niños cuestiones sobre higiene, respiración y ejercicio diario. La revista *Half Century* dedicaba a las ciencias domésticas una columna regular. El ejemplar de marzo de 1917 introducía formas variadas de cocinar frutas y verduras, remarcando la importancia de una dieta saludable. Los anuncios en esas revistas incluían productos como la fruta y verduras enlatadas y levadura en polvo, y se ponía de manifiesto la alta calidad y pureza de sus productos, demostrando la influencia del movimiento higienista. Así que aunque las mujeres blancas presumían de ser las únicas practicantes de la maternidad científica, la evidencia documental demuestra de manera clara que las mujeres afroamericanas de todas las clases sociales también fueron influidas por esa ideología.

Lo que es importante resaltar sobre la maternidad científica es que fue una filosofía holística que influenciaba muchos aspectos de la vida en la unidad doméstica, tales como las prácticas relacionadas con la preparación de alimentos, la selección de las bebidas y alimentos adecuados, la selección y uso de medicinas determinadas, la selección de juguetes e incluso las ideas relativas a la educación. El reto para la arqueología es reconocer que la conformación de los principios básicos de la maternidad científica tuvo implicaciones para toda la unidad familiar y podía manifestarse a través de un buen número de artefactos. Esto reforzaría lo apuntado en los volúmenes editados por Sofaer sobre infancia (1994, 2000), acerca de que estudiar a los niños no requiere centrar nuestra atención en juguetes u objetos específicamente diseñados para ellos, sino que para acercarnos a la infancia bastaría con estudiar las transformaciones que la unidad doméstica sufre cuando un bebé llega a la misma. Esto supone una nueva perspectiva ya que significa que no debemos limitarnos simplemente a crear una lista de artefactos que signifiquen la presencia de niños, sino que nos reta a pensar sobre el registro arqueológico holística y creativamente. Por

tanto, ahora que sabemos que en cada casa se discutía acerca de la maternidad científica en mayor o menor medida, ¿qué evidencia arqueológica nos queda de la puesta en práctica de esas ideas?

### **3. Evidencias de la maternidad científica: una mirada a cuatro unidades domésticas**

Dirigiré ahora mi discusión hacia varios ejemplos de formas específicas en las que la maternidad científica fue expresada a finales del XIX y principios del XX en cuatro hogares. Las familias sobre las que trabajaremos proceden de diferentes contextos socioeconómicos, raciales y geográficos, y a pesar de ello coincidieron en su adopción de las prácticas de la maternidad científica para la crianza de sus hijos.

#### **3.1 Los Hancock de Los Ángeles, California**

Durante los trabajos de ampliación del Museo de Arte del condado de Los Ángeles en 1986, fue descubierto un basurero asociado al cercano rancho Hancock. Hoy el rancho Hancock es conocido por la localización de las fosas de alquitrán de La Brea donde han sido encontrados algunos de los registros zoológicos más abundantes del Pleistoceno en Norteamérica. Cinco metros cuadrados de excavación con una profundidad de 80 cm se abrieron para recuperar el grueso de los materiales de finales del XIX y principios del XX. Los materiales están asociados a la ocupación de la zona por Henry e Ida Haraszthy Hancock. Hancock llegó a Los Ángeles cuando California se convirtió en estado, y fue uno de los componentes de la primera ola de procedencia inglesa que adquirieron grandes porciones de terreno a las familias mexicanas de forma legalmente sospechosa. Hancock se casó con Ida Haraszthy en 1863. Los Haraszthy eran una familia húngara procedente del norte de California que a menudo han sido considerados como los introductores de la viticultura en California (Sullivan 2003). La pareja pasó la luna de miel en una cabaña en el rancho de La Brea. La idea inicial de Hancock había sido poner en funcionamiento el propio rancho, pero encontró más lucrativo vender el alquitrán. Hancock murió en 1883 tras tener tres hijos con Ida. Tras la muerte de Hancock, Ida se trasladó al rancho donde vivió con sus hijos hasta 1909. En 1898, se encontró petróleo

en el rancho y se convirtió en la base de la Hancock Oil Company que fue dirigida por su hijo Alan Hancock. Este cambio substancial en la fortuna permitió a Ida construir una gran casa a la que se mudó hacia 1907. Los materiales del yacimiento datan del periodo en que la viuda Hancock vivió en el rancho (Wilkie y Kipling, en prensa). Durante el periodo en el que el rancho estuvo habitado, la familia viajaba con regularidad entre Los Ángeles y la casa familiar de Ida en San Francisco.

A los Hancock les gustaba definirse a sí mismos como ricos en tierra y pobres en dinero antes del descubrimiento del petróleo. El régimen de viajes llevado por la familia, combinado con la evidencia material del rancho, sugiere que mientras vivieron en la granja disfrutaron de una cierta riqueza ya que de la fosa se extrajeron juegos de cerámica inglesa impresa, porcelana alemana con bandas de oro, porcelana francesa repujada y cerámica artística americana. Además, la familia consumía productos alimenticios importados de Inglaterra y Francia, tenía acceso a licores y vinos de gran calidad y los consumían en finas copas de cristal y siempre tuvieron, al menos, un sirviente. Ida consiguió coleccionar un buen número de objetos de arte y antigüedades durante esa época (Kipling 1990). Los Hancock fueron la familia más adinerada de las que vivieron en la zona.

De alguna manera, la riqueza de Ida Hancock podía haberle ahorrado las preocupaciones sobre la buena maternidad que habían afectado a las mujeres de la clase media. Pero ella tenía una profunda motivación para adoptar la maternidad científica, ya que de los tres hijos que tuvo, sólo uno, Alan (nacido en 1875) llegó a adulto. La primera pareja de bebés, dos gemelos, no nacieron hasta después de 12 años de matrimonio y uno de ellos murió durante la infancia. El tercer hijo, Bertram (nacido en 1877) murió en 1893 de fiebres tifoideas. La maternidad científica y los movimientos relacionados con la higiene proporcionaron seguramente a Ida los más recientes descubrimientos médicos y científicos para salvaguardar la salud de los niños y el conjunto de materiales aparecido en la excavación contiene evidencias de que Ida prestó mucha atención al mantenimiento de la salud de sus hijos.

Como cualquier otra mujer que practicara la maternidad científica, Ida Hancock estaba preocupada por los alimentos que consumía su familia y por la forma en que se seguían los hábitos de limpieza. Alimentos medicinales recuperados en el

yacimiento incluían “Scott’s Emulsion Cod Liver Oil”, “Wyeth’s Liquid Extract Malt” y “Honduran Sarsaparilla” (aceite de hígado de bacalao, extracto líquido de malta y zarzaparrilla respectivamente). También aparecieron otros alimentos que se consideraban nutritivos y capaces de hacer engordar a los niños, como botes de mantequilla de cacahuete y algunos derivados del queso (Wilkie y Kipling en prensa).

La familia obtenía la leche de, al menos, cuatro lecherías distintas. La cantidad de leche consumida en la casa no estaría completamente representada por lo encontrado en el yacimiento ya que las botellas se devolvían para ser rellenadas. La leche, particularmente desde el descubrimiento de la pasteurización, se consideraba un alimento excelente para los niños. La familia también consumía diferentes aguas minerales; las aguas minerales eran vistas por un lado como una bebida que moralmente llevaba a la templanza y por otro como una bebida saludable.

Un buen número de purgantes fueron extraídos del basurero, como el “Carlsbad Sprudel Salt”, un producto importado de Bohemia y las “Ayer’s Pills”. Tanto las sales minerales como las pastillas se consideraban una buena ayuda para la regularidad digestiva. También de esta fosa se extrajo un bote de desinfectante “Lysol” que aún hoy se vende como un fuerte limpiador antibacteriano. Todos estos objetos juntos hablan de la preocupación de Ida por las prácticas relacionadas con la maternidad científica.

Aunque Ida usaba un amplio rango de medidas preventivas para asegurar la salud de sus hijos, tales como cuidar y suplementar su dieta, vigilar su regularidad y mantener la casa desinfectada, también contrató los servicios médicos profesionales cuando los miembros de la casa cayeron enfermos. Un amplio rango de productos farmacéuticos se documentaron en el yacimiento, con recipientes etiquetados procedentes de, al menos, doce farmacias distintas de Los Ángeles y San Francisco. A diferencia de las medicinas patentadas y fabricadas en las farmacias que eran compradas directamente en el mostrador de las mismas, la mayoría de los frascos farmacéuticos registrados en la excavación eran del tamaño y la forma de los que se utilizaban para ser rellenados por prescripción médica. Las medicinas recogidas incluían botes de píldoras, viales homeopáticos y recipientes dosificadores. Sólo unas pocas farmacias están representadas por

más de un bote, sugiriendo que Ida se movía con frecuencia entre varios establecimientos. Sería interesante averiguar si las compañías farmacéuticas representadas en la muestra responden a medicinas traídas en alguno de los viajes de Ida a San Francisco para ver a su familia o por algún tipo especial de acuerdo de las compañías con determinados farmacéuticos o doctores (Wilkie y Kipling en prensa).

En última instancia, la ideología de la maternidad científica pudo haber animado a muchas mujeres a confiar en su propio juicio y a tomar decisiones basadas científicamente para el cuidado de la salud de sus familias, pero Ida también ponía su confianza en los conocimientos de los profesionales de la salud. En varias formas, Ida comenzaba a mostrar lo que vendría a suceder con la maternidad científica alrededor de 1920, cuando el conocimiento médico empezó a cambiar muy rápidamente y las mujeres estaban cada vez más dispuestas a confiar en los profesionales en vez de diagnosticar y tratar las enfermedades ellas mismas.

### 3.2 Los Perryman de Mobile, Alabama

Marshall y Lucrecia Perryman aparecen por primera vez en los registros documentales de Mobile, Alabama, a finales de la década de 1860 cuando esta pareja afroamericana compró una propiedad en las afueras de la ciudad. Como pequeños terratenientes, la familia se situaba dentro de la clase media de la América afroamericana. Marshall trabajaba como celador en una compañía de transportes del puerto de Mobile, mientras Lucrecia, después de una breve temporada como lavandera, se dedicó por completo al cuidado de sus hijos. La cultura material de la familia nos muestra una imagen de clase media respetable, con manteles, decoración de la casa y elección de alimentos típicos de los hogares de clase media blanca del mismo periodo (Wilkie 2003). Esta felicidad no duró mucho ya que Marshall murió en 1884, dejando a Lucrecia viuda con cinco hijos pequeños. Cuando ésta tuvo que volver a trabajar se convirtió en comadrona, una ocupación que le permitiría expandir sus deberes como madre. Las matronas afroamericanas no sólo atendían partos, sino que ayudaban a otras madres a aprender a cuidar de sus hijos correctamente. En tal caso, Lucrecia pudo compartir las experiencias y conocimientos derivados de su propia maternidad con sus pacientes.

Lucrecia Perryman tenía buenas razones para dejarse atraer por las nuevas ideas acerca de la transmisión y prevención de enfermedades, pues su familia había sido alcanzada por el horror de la tuberculosis. Cuando Marshall murió de tuberculosis en 1884, el descubrimiento de que la enfermedad se transmitía por una bacteria y no era hereditaria se acababa de producir sólo dos años antes (Tomes 1997: 38). En 1894, dos de los hijos adultos de Lucrecia murieron de la enfermedad en muy poco tiempo, uno de ellos contrajo la tuberculosis mientras trabajaba en Chicago y volvió a casa para ser cuidado por su hermana, que se contagió. Un pozo, que se rellenó alrededor de 1911, la época en la que Lucrecia se retiró como comadrona, nos permite una mirada hacia las formas en las que la ideología de la maternidad científica influyó tanto en la propia forma de considerar la maternidad de Lucrecia como en las formas de maternidad que transmitió a otras mujeres.

Entre los productos recuperados en el pozo hay 16 recipientes que contenían alimentos medicinales o suplementos nutricionales. Incluían productos tales como Mellin's Infant Food, Horlick's Malted Milk, Malt Extracts, Leibig's Malt Extract, Johan Hoff's Malt Extract, peptonoides o Burnett's Cod Liver Oil (elaborados con malta o aceite de hígado de bacalao). Estos productos se recomendaban como alimento especial para individuos enfermos, como medicina preventiva de algunas enfermedades o para alimentar cuerpos sanos para que se mantuvieran como tales. Un antiséptico etiquetado, así como un buen número de envases farmacéuticos típicos para contener peróxido de hidrógeno, alcohol de uso tópico y un astringente derivado del olmo escocés fueron también recuperados del pozo (Wilkie 2003).

Las vasijas cerámicas y de cristal recuperadas nos hablan de las prácticas higiénicas dentro de la casa. Entre los artefactos documentados encontramos una escupidera. La literatura médica de la época apuntaba a la práctica de escupir como la causante de la propagación de la tuberculosis. Los americanos eran conocidos por escupir en las calles dentro pilas de serrín con poco cuidado de la limpieza. El uso de escupideras fue promovido como parte del movimiento sanitario. La escupidera era algo más que un detalle educado, era una necesidad, particularmente para una familia que había sido tocada en múltiples ocasiones por la tuberculosis. Es importante recalcar que después

de la muerte de los dos miembros de la familia en 1894, nadie más en la familia Perryman murió de la enfermedad, a pesar de que al menos 4 adultos y unos 10 niños estuvieron viviendo en la propiedad.

Además de las escupideras de los Perryman, otros aspectos de su vida doméstica indican preocupación por la limpieza. La familia usaba jarras, vasos y servicios de te individuales para beber y no hay evidencia de uso comunal del agua de baño, que era una de las amenazas para la transmisión de enfermedades dentro de los miembros de una misma familia, una práctica que era objeto de críticas por los reformistas. Las prácticas de los Perryman al sentarse a la mesa eran correctas tanto desde la perspectiva de la etiqueta como desde la de la salud (Wilkie 2003).

Además, el pozo contenía 152 fragmentos de zapatos de piel y goma, que correspondían a hombres, mujeres y niños de todos los tamaños y estilos. Los zapatos eran caros en esta época y calzar a una familia tan grande como la Perryman requeriría un enorme gasto. Unas botitas infantiles podían adquirirse por tan solo 18 céntimos, pero los zapatos de niño costarían normalmente entre 0.80 y 1.40 dólares, mientras que los zapatos adultos se venderían por 2 o 3 dólares (Israel 1997: 191-206), todo esto en un momento en el que el sueldo medio de un hombre de la clase trabajadora sería de un dólar al día.

Una mirada a las fotografías tomadas por la *Farm Security Administration* durante las décadas de 1930 y 1940 muestra que tanto adultos como niños de las áreas rurales del sur iban sin zapatos, y las fotografías tomadas en Mobile al finales del XIX y principios del XX muestra niños calzados sólo la mitad de las veces (Culpepper 2000). Ir sin zapatos aumentaba los problemas de salud, ya que los hacía vulnerables a las lombrices que se transmiten a través de la piel. Caminar sobre suelo contaminado era la forma más probable de infectarse. Las larvas entraban en la piel, a menudo entre los dedos, pasaban al riego sanguíneo, los pulmones y la garganta desde donde eran tragadas y entraban en el tracto gastrointestinal y se implantaban en el intestino, alimentándose de sangre. La anemia crónica favorecía la infección por lombrices y su prevención en el sur del país empezó a ser parte de la campaña de salud instigada por John Rockefeller en 1901 (Ettling 1981: 35-38). Los pies descalzos se exponían a otras enfermedades como, por ejemplo, a contraer el tétano al pisar un clavo oxidado.

También en este yacimiento encontramos curas específicas para niños. Hasta cuatro marcas de purgantes para niños, entre ellos “Dr. Fletcher’s Castoria” y “Dr. Pitcher’s Castoria” (laxante y calmante estomacal) se encontraron el pozo (volvemos sobre ellos más adelante), así como “Dr. Grove’s Tasteless Chill Tonic” y “Allen’s Lung Balsam”. El “Dr. Grove’s Tasteless Chill Tonic” era un medicamento antimalaria que era usado como tónico para prevenir problemas respiratorios en los niños. Igualmente, el “Allen’s Lung Balsam” estaba indicado para tratar los síntomas de cólicos en bebés.

Colectivamente, estos recipientes corresponden a productos que fueron especialmente diseñados y lanzados al mercado para que las madres los usaran con sus hijos. Rima Apple (1997) ha mostrado las maneras en las que los anuncios de medicinas patentadas y fabricadas en las farmacias apelaban a las madres como consumidoras de información científica ya que eran ellas las que seleccionaban lo que compraban. Los prospectos medicinales a partir de 1880 incluían detalles científicos elaborados, que describían los usos y las ventajas del producto en particular. En la parte frontal se solían anunciar las medicinas para niños representando imágenes de preciosos niños blancos, con mejillas rosadas que personificaban la salud perfecta. Lucrecia Perryman utilizaba el mismo tipo de recursos promocionales llenando su salón con figurillas de niños y querubines de porcelana blanca. Una paciente potencial sentada en su salón estaba expuesta a imágenes de lo que desearía que fuese el producto final de su embarazo, un precioso y sano niño.

Transmitiendo el conocimiento de estos productos a sus pacientes, Lucrecia Perryman las introdujo en los discursos sobre limpieza, higiene y maternidad informada. Como matrona y madre exitosa, Perryman estaba en una buena posición para instruir a sus pacientes en cómo criar a niños sanos. En efecto, Perryman contribuyó sin duda a que las mujeres afroamericanas ejercieran cada vez más su propio derecho a tener niños sanos, un derecho que la sociedad dominante había instituido como privilegio único de las mujeres blancas. En este aspecto de su trabajo como madre y comadrona, Lucrecia Perryman estuvo tan implicada en levantar a su raza como cualquiera de las afroamericanas perteneciente a los clubs de mujeres (Wilkie 2003).



### **3.3 La familia Cordes de Santa Mónica, California**

Ernest Cordes y su mujer Katie eran nativos de la costa este que llegaron entre los cientos de emigrantes a California a principios del siglo XX. Ernest llegó primero buscando riqueza y aventura en las minas de oro de Klondike, y más tarde trabajó en la minería de la plata en Nevada. Finalmente se casó con Katie, mucho más joven que él, y se asentó en la ciudad costera de Santa Mónica. La pajera tuvo dos hijas. Una vez que se asentaron en la ciudad, Ernest tuvo varios empleos, como el de trabajador del muelle, antes de convertirse en oficial de policía de Santa Mónica. Katie Cordes trabajaba en casa a tiempo completo. La posición de Ernest como oficial de policía podría haberles situado económicamente en la clase media (Wilkie 1988, Wilkie 2000a).

Los Cordes excavaron una fosa en su patio de atrás a principios de la década de 1920, que corresponde aproximadamente al comienzo del periodo de la Ley Seca (1920-1934), cuando la venta de alcohol estaba prohibida por las leyes federales en los Estados Unidos. Los motivos para excavar una fosa para la basura doméstica en un momento en el que la recogida pública de basuras estaba en funcionamiento se hacen claras si pensamos que Ernest trabajaba como oficial de policía, y su basura contenía grandes cantidades de contenedores de alcohol. Era mucho más fácil enterrar las botellas vacías en el jardín que arriesgarse a que fuesen descubiertas en el cubo de basura personal. Desde la perspectiva arqueológica, este basurero de principios de los años 20 nos ofrece un vistazo excepcional a las prácticas domésticas cotidianas de aquel momento.

Tanto Katie como Ernest eran hijos de inmigrantes alemanes, y sus residuos domésticos incluían restos de cerámica y productos alimenticios alemanes. La pareja tuvo dos hijas que tendrían menos de seis años cuando la fosa se llenó, la hija mayor pudo haber tenido unos cinco años en el momento en el que los últimos objetos se depositaron, y la pequeña sería todavía un bebé. A pesar de su poca edad, se recuperaron un buen número de objetos específicos para estas niñas, muñecas de porcelana alemana, canicas de cerámica, tazas de cerámica con proverbios y piezas de porcelana de té de juguete. También se encontró una pizarra para la escuela, lo que nos dice que las niñas estaban

aprendiendo a escribir. Su madre Katie atendía al desarrollo mental de sus hijas, animándolas a jugar de una forma que habla si no de su estatus social, al menos de su ambición de clase.

La mayor parte de las cerámicas recuperadas de la casa eran cerámicas impresas inglesas que habían sido producidas entre 1890 y 1908. Estas vasijas tendrían entre 10 y 20 años cuando se rompieron, pero en el momento en que fueron realizadas eran, sin duda, un objeto de lujo. Las cerámicas más recientes eran porcelanas americanas sin decoración y vajillas chinas que estaban entre las menos caras y atractivas del mercado. La cerámica más cara recuperada en el yacimiento era la relacionada con el servicio de té, con ejemplos procedentes de Francia e Inglaterra, y un conjunto de taza y plato de porcelana alemana con el borde de oro. Estas cerámicas de servicio para uso de la familia, aunque incluían algunos platos impresos, habrían sido bastante menos caros en el momento de su compra (Wilkie 1988). El patrón arqueológico de cerámicas para el servicio de té está bien documentado en las casas de clase media durante los periodos victoriano y eduardiano (Wall 1994). Las mujeres usarían sus vasijas más delicadas cuando tuvieran visitas a tomar el té. Margaret Wood ha señalado que durante los años 20 el café se convirtió en la bebida más comúnmente compartida por las mujeres de la clase trabajadora. El té y su consumo eran todavía un marcador de clase, y que las niñas Cordes tuvieran servicios de té de juguete dice tanto acerca de las pretensiones de su madre como de los modos de juego infantil del momento.

De este modo, aunque las aspiraciones de clase son bastante visibles, la arqueología sugiere que la familia no estaba situada económicamente como las apariencias podrían indicar. El basurero fue completamente excavado, lo que permitió la reconstrucción completa de muchos vasos. Tras esta reconstrucción se descubrió que faltaban las asas de todas las tazas reconstruidas. Debido a que las asas de las teteras y de las jarras sí que se encontraron esto nos habla de una cierta frugalidad en la casa: las tazas que habían perdido sus asas se seguían usando en la cocina, empleadas quizás como moldes o medidas, pero no se tiraban hasta que no se rompía el cuerpo de las mismas. La fosa también contenía 21 recipientes de cristal para envasar fruta, usados para las conservas caseras. Durante la Primera Guerra Mundial, las conservas

caseras se convirtieron en una forma patriótica de las mujeres de apoyar los esfuerzos de la guerra en tiempos de racionamiento. Las conservas también eran una forma de asegurar la incorporación a la dieta de frutas y verduras fuera de temporada. La familia también poseía una máquina de coser, presumiblemente usada si no en la manufactura, al menos sí en el arreglo de la ropa. En general, el conjunto de cultura material de los Cordes dibujó la imagen de una familia que aunque no estaban en una posición económica pujante crearon un ajuar doméstico que podría haber sido reconocido como propio por otras familias de clase media.

Así que en el seno del hogar de los Cordes, vemos una familia que estuvo influenciada por las ideas acerca del culto a la verdadera condición femenina, con Katie ejerciendo de protectora de la imagen pública de la familia y criando a sus hijas en parámetros sociales determinados. Este comportamiento era muy valorado por crear un hogar educacionalmente rico y moralmente reseñable. En cualquier caso, ¿qué evidencias tenemos de la maternidad científica en esta familia? La incorporación de frutas y verduras a la dieta, como se evidencia por las latas y los envases para las conservas, sugieren atención al papel de la nutrición en la salud y el desarrollo. Los objetos encontrados en el basurero y relacionados con la salud y la higiene nos ofrecen una visión sin par de Katie Cordes y su idea de la maternidad científica. Pero para comprender el cuidado de la salud en el hogar de los Cordes necesitamos hacer un breve comentario ya que, al contrario que con el resto de madres que vemos en este trabajo, las creencias religiosas de Katie Cordes nos muestran una serie de retos para una mujer que intentaba ser reconocida como buena madre a principios del siglo XX, ya que Katie Cordes era seguidora de la “Ciencia Cristiana”.

La Ciencia Cristiana era una pequeña rama del Cristianismo que seguía las enseñanzas de Mary Baker Eddy, quien publicó su primer libro, *Science and Health with Key to the Scriptures*, en 1875. En la base de la filosofía de Eddy estaba la idea de que todos los trabajos de Dios estaban basados en la espiritualidad y que lo material no era importante. La forma de acceder a lo espiritual era a través de la oración mentalmente disciplinada (científica).

Los seguidores de la Ciencia Cristiana eran bien conocidos en Estados Unidos por sus ideas acerca de la salud y los tratamientos curativos. Eddy

(1934:12) escribió: “Dios afecta a la enfermedad como una medicina, que no tiene poder por sí misma sino que obtiene este poder a través de la fe y las creencias humanas. Las medicinas no hacen nada porque no son inteligentes. Es la creencia mortal, no los principios divinos ni el amor, lo que hace que una droga sea venenosa o curativa”. En otras palabras, eran sólo las falsas creencias de los humanos las que hacían que las medicinas funcionen y la verdadera curación es sólo voluntad de Dios. La enfermedad es la manifestación física del pecado, y sólo a través de la oración que identifica la causa de ese desequilibrio espiritual, puede tener lugar la curación. Hay casos documentados de seguidores de la Ciencia Cristiana que utilizaron cuidados básicos inadecuados para niños que murieron de enfermedades completamente curables. Ciertamente, en la sociedad americana de la época, cualquiera que se presentara como seguidora de la Ciencia Cristiana sería inmediatamente considerada como una madre negligente y mala.

Me enteré de la fe religiosa de Katie por su nieta, que había estado rastreando la historia de su familia y encontró el informe arqueológico que yo había elaborado sobre ella cuando era estudiante (Wilkie 1988). Nos pusimos en contacto tanto por teléfono como a través del correo electrónico. Ella tenía recuerdos muy claros de su abuela como una mujer muy segura de su fe e incluso esto había sido objeto de controversia con su nieta de vez en cuando. Se sorprendió e incluso llegó a inquietarse al observar que había un buen número de productos medicinales (descubrimos un mínimo de 39 envases distintos); así que me puse a revisar otra vez el conjunto de envases recuperados. En realidad el conjunto podía dividirse en tres grandes categorías: productos cosméticos, principalmente contra la calvicie; un grupo de medicinas patentadas destinadas a sanar problemas de corazón y pulmón, y un grupo de productos dirigidos a los niños. Esto nos proporcionaba un escenario muy interesante de competencia entre diferentes ideologías médicas.

Ernest Cordes no era un seguidor de la Ciencia Cristiana y según su nieta usaba productos medicinales para tratar su enfermedad. Murió de problemas de corazón y había sido minero durante gran parte de su vida. Las medicinas patentadas que se recuperaron del yacimiento como “Chamberlain’s Cough Remedy”, “Piso’s Cure for Consumption”, “Shiloh’s Consumption Cure”, “Dr. Miles New Heart Cure” y “Dr. Miles Restorative Nervine”

(para la tos, el corazón y los nervios, el segundo de ellos elaborado con marihuana), eran todas apropiadas para alguien que sufría continuos problemas de corazón y pulmón relacionados con el trabajo tanto en la mina como en los muelles. Esos remedios medicinales eran de uso común a finales del XIX, existía un buen número de compuestos no regulados que a veces causaban verdaderos estragos. En 1906 la *Pure Food and Drug Act* (ley federal que regulaba la elaboración de alimentos y medicamentos) reguló todas estas medicinas (Wilkie 1988). El descubrimiento de que muchos no tenían ningún valor medicinal no hizo bajar un ápice su popularidad, y por ejemplo en casa de los Cordes se siguieron utilizando durante cerca de veinte años más. Muchos de estos remedios medicinales recuperados en el basurero estaban fabricados por compañías de la costa este, lugar de nacimiento de Ernest, por lo que parece lógico que fueran usados por él mismo.

El resto de productos médicos, que además de los envases de medicinas incluían un kit completo de enemas, cuentan una historia muy diferente. Los etiquetados como “Valentine’s Meat Juice”, “Ozomulsion”, “Ayer’s Sarsaparilla” y “Hamlin’s Wizard Oil” eran todos productos que se utilizaban para mantener la salud. Los dos primeros estarían mejor clasificados como alimentos medicinales (tales como los extractos de malta o pescado o las aceitunas) la misma clase de alimentos medicinales que eran utilizados en casa de los Perryman o los Hancock. Eran productos reconocidos claramente como suplementos nutricionales con el beneplácito de la maternidad científica. Igualmente la zarparrilla y el Wizard Oil eran considerados como suplementos diarios para mantener la salud, para tonificar el cuerpo. También fueron recogidos dos ejemplares de “Pitcher’s Castoria” (a base de aceite de ricino), remedio que fue anunciado a lo largo y ancho del país como un purgante suave para niños (Wilkie 1988) y ya hemos visto como la regularidad de los intestinos formaba parte de la ideología popular del mantenimiento de la salud y de la maternidad científica.

Las empresas de venta por correo como Sears Roebuck ofrecían en las páginas de su catálogo kits de enemas para uso doméstico. Los Cordes tenían uno de ellos, encargado probablemente por correo. En el basurero se documentaron una sonda rectal de tamaño adulto y otra de tamaño infantil, así como la sonda vaginal, la bolsa para el agua calien-

te y el conducto de un kit para enemas de goma (Wilkie 1988).

¿Cómo encaja esto en las creencias religiosas de Katie Corde? Técnicamente, no hay evidencias de que utilizara medicinas para tratar a sus hijas. Los productos recuperados del yacimiento asociados con las niñas (basándonos en los anuncios de la época) no tratan enfermedades sino que forman parte de la higiene y las rutinas de salud recomendadas por la maternidad científica. Al prestar estos cuidados a la salud de sus hijas, Katie Cordes pudo ser capaz de permanecer fiel a sus creencias religiosas a la vez que realizaba todo lo que era normativo en las prácticas maternas de sus amistades femeninas. Cuando se encontrara con otras mujeres para tomar el té, Katie podría haber intervenido con total tranquilidad en las charlas acerca del cuidado de las niñas, lo que la habría señalado como una “buena madre”.

### 3.4 Los Freeman de la Plantación Oakley en Louisiana

Silvia Freeman nació durante la esclavitud en Virginia en 1855. Como otros esclavos de la época, probablemente fue vendida como consecuencia de la caída del mercado de tabaco y así fue como llegó a Louisiana donde la encontramos viviendo en la parroquia de West Feliciana en la plantación de algodón conocida como Oakley a finales del XIX y principios del XX.

Silvia Freeman aparece sólo una vez en los registros de los juzgados de West Feliciana, cuando pidió una licencia de matrimonio. Lewis y Silvia Freeman fueron una de las pocas parejas de afroamericanos en la parroquia que pagaron los 50 dólares de la licencia, el 5 de junio de 1875. La mayoría de las parejas decidían casarse en sus iglesias sin registrar la ceremonia en la parroquia. El acto del registro era una declaración muy importante para la gente que había sido esclava, aunque la suma requerida para la licencia era extraordinariamente cara y no se les exigía a la parejas blancas. No hay certificado de defunción de Lewis o Silvia Freeman, ni registro de donde fueron enterrados, ni existe testamento. La mayor parte del registro que tenemos de la vida de Silvia no data del tiempo de su matrimonio sino del de su viudez (Wilkie 2000b).

Los documentos más adecuados para reconstruir la historia los Freeman provienen del censo de

Estados Unidos elaborado entre 1870 y 1900 y del registro que llevaba su empleadora, Isabelle Matthews, que era la propietaria de la plantación. Es por este censo que sabemos que Silvia vivió en Oakley con su marido entre 1870 y 1880. La pareja tenía cinco hijos viviendo con ellos. Es el censo el que sitúa su lugar de nacimiento en Virginia y en el de 1900, el último en el que aparece, Freeman es descrita como una cocinera viuda. Fue entre 1886 y 1903 cuando Silvia aparece registrada en el diario de la plantación. El registro de Matthews incluye información del tipo del salario de Freeman (cuatro dólares al mes), sus compras mensuales en el economato de la plantación (entre cuatro y cinco dólares al mes), sus adelantos de sueldo, los trabajos de mantenimiento hechos en su casa y los objetos prestados a Freeman por la cocina de las Matthews.

El registro arqueológico asociado a Silvia Freeman y su familia es complejo, pero durante las excavaciones en el área ajardinada delante de la casa principal de la plantación, fui capaz de identificar la estructura en la que los Freeman vivieron mientras Silvia trabajaba como cocinera en la plantación. Se documentaron los hoyos de poste y los soportes de ladrillo que una vez aguantaron la estructura de la pequeña casa. Los artefactos procedentes de los depósitos más antiguos asociados con la casa indican que había sido construida hacia 1840 en el período en el que la casa de la plantación Oakley fue remodelada.

Los cambios en el color y la textura del suelo me permitieron distinguir tres momentos de ocupación diferentes de la pequeña estructura (aproximadamente de 3 m x 3.6 m), la de los Gardeners, una familia que la ocupó antes de la Guerra de Secesión y que vivió allí entre 1840 y 1850; la de Silvia Freeman, que vivió allí con sus hijos e hijas desde 1880 hasta su muerte, y la de sus hijas, Eliza y Delphine que también trabajaron en el servicio doméstico y parece que vivieron en la casa sin su madre entre 1910 y 1930. En cada uno de esos niveles de ocupación había objetos que habían sido arrojados fuera de la casa y que se depositaban o bien en la pequeña línea de vallado o bien bajo la estructura misma. Debajo de la casa fuimos capaces de recuperar objetos que se habían perdido a través de las tablas del suelo y de identificar los intentos que se había hecho de reparar el suelo combado situando apoyos debajo de la casa (Wilkie 2000b).

Silvia Freeman es la última, aunque no la menos importante, de las madres que estamos analizando. El destino de Silvia y de sus hijos e hijas fue justo el que Marshall Perryman intentó evitar para Lucrecia cuando la familia consiguió acumular tierras y una pequeña cantidad de dinero. Después de la muerte de Lewis Freeman, Silvia tuvo que ir a trabajar como sirvienta doméstica, una posición que estaba rodeada de humillaciones: largas horas de trabajo, contacto cercano con empleadores arrogantes y a veces acosadores, pobreza y dependencia de la familia de la plantación en lo que se refería a alimento, suministros y por supuesto salario, y la certeza cercana de que alguno de sus hijos tendría que trabajar allí. Al menos cuatro de los hijos de Silvia terminaron trabajando para la familia Matthews, algunos a edades tan tempranas como los doce años. El trabajo en la cocina requiere mucho tiempo, a menudo desde antes de la salida del sol hasta su ocaso, y raramente se disfrutaba de un día libre. Si consideramos el culto a la verdadera condición femenina no hay duda de que Silvia hubiese sido considerada por sus contemporáneas de clase media como una "mala madre". Lucrecia Perryman y las mujeres afroamericanas de clase media socialmente activas la hubieran considerado como un objetivo claro de su lucha por los derechos civiles.

Los Freeman vivían cerca y con contactos casi diarios con sus empleadores, primero con Isabelle Matthews, y después con las hermanas Matthews, las dos hijas solteras de Isabelle. Está claro en el registro documental que las Matthews consideraban a Silvia Freeman como una niña, refiriéndose a ella por su apodo "Silvie" y haciéndole regalos de cerámicas de segunda mano, cristal y ropa. Casi todas las cerámicas domésticas usadas en la casa Freeman tienen su reflejo en los depósitos arqueológicos de la vivienda, o entre las posesiones guardadas en la actual casa museo de la plantación Oakley. Esta relación tan paternalista entre empleadores blancos y empleados negros provenía del período de la esclavitud y se basaba en parte en las ideas racistas acerca de la madurez e inteligencia de los afroamericanos (Tucker 1988).

Además del conjunto de objetos domésticos de Silvia Freeman, que incluía préstamos de objetos de cocina y regalos de servicios de mesa, joyería y ropa, los Matthews también regalaron juguetes a los niños Freeman. Conjuntos de té y muñecas recuperadas de la casa Freeman datan de, al

menos, 20 años antes que el resto de materiales y cuadran bien con los materiales encontrados en la casa principal de la plantación tras la muerte de las hermanas Matthews. El conjunto de té con filo de oro y las muñecas (de piel blanca) recuperadas de la casa Freeman contrastan de manera evidente con el gran número de canicas que dominan la cultura material doméstica de las cercanías en el mismo periodo (Wilkie 1994). Los niños Freeman se encontraban aislados de los otros niños de la plantación de Oakley, ya que las familias que se dedicaban al cultivo de la tierra vivían a dos kilómetros de distancia. Los juguetes recuperados en la casa reflejan juegos individuales. Además, los juguetes que les daban las dueñas de la plantación eran ideales para promover juegos que estuvieran relacionados con un futuro trabajo. Mientras que Katie Cordes había dado a sus hijas juegos de té para que pudieran ofrecer fiestas de té infantiles, está claro que el té no formaba parte de la vida social de los afroamericanos de las plantaciones. Por tanto ¿Qué intención tenían los dueños de la plantación al darles juguetes relacionados con el trabajo a las jóvenes sirvientas negras de la casa? ¿Representaban estos regalos una oportunidad de jugar como las niñas de clase media blanca o se intentaba promover en las niñas determinadas habilidades que necesitarían para su trabajo posterior? Parece poco probable que la intención de las dueñas de la plantación, dado el estricto sistema clasista que regía en el sur a través de las leyes de Jim Crow y por el que las familias blancas y negras estaban separadas en una forma de *apartheid*, fuese fomentar las aspiraciones económicas y sociales de los sirvientes.

Ciertamente desde fuera podría parecer que Silvia Freeman no tenía el control de su maternidad. Su trabajo requería largas horas, el escaso salario obligaba a que sus hijos también tuvieran que trabajar, una situación que sus empleadores parecían fomentar, y su ajuar doméstico estaba formado por aquellas cosas que les sobraban a sus patronas. Nacida en la esclavitud, Silvia nunca aprendió a leer o escribir. Su casa no tenía electricidad ni agua corriente. No parece que fuese el lugar más adecuado para constatar la evidencia de la maternidad científica y podría parecer que perseguir ese objetivo sería una misión imposible. En torno a 1890, Silvia Freeman ganaba cuatro dólares al mes y aunque era una suma extraordinariamente pequeña, teniendo en cuenta que ganaba

aproximadamente 26 dólares menos que cualquier trabajador manual, era el dinero que controlaba y esa fue la cantidad que usó para la salud y educación de sus hijos e hijas.

La mayor parte de la población afroamericana contratada en Oakley lo hacía como aparcerera. En el régimen de aparcería, una familia firmaba un acuerdo con el dueño de la tierra que le daba el derecho a cultivar una determinada porción de terreno durante un año. El dueño de la plantación se quedaría con la mitad de la cosecha de cereal. Los aparceros sólo cobraban cuando terminaba la cosecha y el resto del año vivían a cuenta de los dueños de la tierra. La mayoría de las plantaciones tenían sus propias tiendas que los aparceros podían utilizar (y donde los precios eran más altos de lo normal) o los dueños de la tierra tenían acuerdos con otras tiendas de la zona que los arrendatarios podían usar. Las deudas acumuladas durante el año eran cobradas al finalizar la cosecha. La fórmula supuso una nueva forma de esclavitud de la que los aparceros rara vez eran capaces de salir, obligándolos a permanecer en la plantación durante el año siguiente. No obstante, como empleada a sueldo, aunque este fuera miserable, Silvia Freeman tuvo acceso a tiendas “no controladas”, y utilizó esto como una ventaja (Wilkie 2000b).

Las cuentas del economato, conservadas por los Matthews en 1889 y 1890, detallan las compras mensuales de Silvia, y hay varios elementos que resultan reveladores. La compra de alimentos suponía sólo entre el 16% y el 30% del total de su sueldo. Sus compras se limitaban a alimentos no perecederos como la harina, el arroz o el maíz, carne de cerdo conservada en sal, algo de ternera y melaza. Hemos de destacar que no aparecían ni alimentos frescos ni pollo.

Los restos de fauna recuperados del área de la casa muestran que el pollo y el cerdo y también algo de ternera eran las carnes más comúnmente consumidas por la familia. No encontramos ni cabezas ni patas entre los huesos de pollo, lo que indica que el despique de las aves tenía lugar en un lugar alejado de la casa. El cerdo seco y la ternera se compraban en el economato, pero de las carnes deshuesadas no tienen porqué quedar restos en el registro arqueológico. Aunque la práctica de llevar la comida sobrante de la cocina de la casa principal al hogar de los Freeman puede ser una buena explicación para los restos óseos encontrados, deberíamos considerar otras fuentes de obtención de ali-

mentos frescos. Un buen número de objetos que fueron recuperados del registro arqueológico no fueron comprados en el economato, y entre ellos encontramos joyería, alimentos enlatados, salsas y condimentos empaquetados comercialmente, productos para las conservas caseras y cerámicas y cristalería que no encajan con la que usaban las dueñas de la plantación. Los productos que aparecen con mayor frecuencia y que podrían haber sido comprados en el economato incluyen medicinas y alcohol (Wilkie 2000b).

La cuenta del economato de Silvia Freeman incluye anotaciones de pagos en efectivo. Para los aparceros, la alternativa a comprar los objetos en el economato o hacer el trayecto de dos horas en tren hasta la ciudad de St. Francisville era el trueque. La existencia de un sistema de trueque dentro de la comunidad afroamericana podría explicar la manera en la que Silvia Freeman distribuía sus ingresos. Uno de los beneficios de aprovechar las sobras de la casa principal sería que Silvia dispondría de más dinero para gastar en otros bienes y el tabaco parece haber sido uno de ellos. Mientras que el tabaco aparece sólo en el 2% de las compras del resto de los aparceros, en las compras de Silvia Freeman suponen entre el 10% y el 20% de su gasto anual en 1889 y 1890, y son más abundantes que en cualquier otro arrendatario de Oakley. Un elemento importante es que las pipas recuperadas de la casa Freeman son de las que se entregaban gratis en las petacas de tabaco, y ninguna de ellas mostraba evidencias de uso, pudiendo haber sido tiradas directamente o quizá usadas como juguetes (las pipas pueden servir para hacer pompas de jabón). Los útiles para la costura tales como telas, agujas, hilos o botones comprenden entre el 17% y el 20% de las compras en 1889 y 1890, aparte de las compras de vestidos ya fabricados. Arqueológicamente, dedales, tijeras, punzones de latón y botones muestran el tiempo ocupado por la familia Freeman en coser o arreglar vestidos.

Silvia Freeman pudo obtener alimentos adicionales y otros bienes con el trueque de tabaco o de vestimenta. Los alimentos frescos pudieron sin duda ser obtenidos más baratos de los propios arrendatarios que los cultivaban en sus huertas que del economato. Además, aunque el economato no alteraba el precio de los productos, parece que los vendía en muy pocas cantidades, lo que haría que fuesen más caros. El trueque podría proporcionar bienes a través de Silvia a aquellos aparceros más

pobres y a otros que no tuvieran crédito en el economato o en las tiendas de la ciudad. En algunos casos se registra en el economato que Silvia está comprando cosas para otros y cargándolos a su cuenta, compras que supusieron entre el 4% y el 15% de sus ingresos entre 1889 y 1890. Dado el aislamiento físico del resto de componentes de la comunidad arrendataria, el trueque podría haber sido una importante oportunidad de interacción social, no sólo para ella sino también para sus hijas e hijos. El trueque también habría permitido a Silvia acceder a un buen número de alimentos frescos, algunos de los cuales habrían beneficiado la salud de su familia. Y ahora que hemos discutido cómo Silvia se las ingeniaba para ajustar creativamente su presupuesto, vamos a mirar de cerca las cosas que compró y que afectaron directamente a la experiencia de sus hijos e hijas (Wilkie 2000b).

Como otras muchas mujeres que sobrevivieron al esclavismo y al periodo de Reconstrucción, Silvia pudo sufrir enormes pérdidas en su vida. Se casó con Lewis Freeman en 1875 cuando tendría unos 20 años. La pareja tuvo cinco hijos constatados, John que nació en 1877, Joe en 1880, Eliza nacida en 1883, Delphine en 1885 y Cristine en 1890. El censo de 1900 señala que Silvia tuvo 12 hijos en total. Hay periodos de tiempo lo suficientemente grandes entre los nacimientos citados durante los cuales pudieron nacer otros bebés que habrían muerto y también existe la posibilidad de que hubiese tenido hijos antes de casarse con Lewis. En cualquier caso, Silvia parece haber perdido o haberse separado de varios de sus hijos a lo largo de su vida. Quizá fue esta la razón que la motivó a seguir algunas de las ideas de la maternidad científica.

Silvia no sabía leer o escribir, así que no pudo haber leído sobre este tema por sí misma, pero sabemos por la documentación de su patrona de alrededor de 1890 que era una devota asidua a la iglesia. La Universidad Sureña, una universidad negra histórica en la cercana ciudad de Baton Rouge, ayudaba a la integración pública de las comunidades aparceras. Los estudiantes de esta universidad enseñaban a las familias cuestiones relacionadas con la limpieza, la nutrición, el cuidado de la salud y la crianza de los niños. Entre los artefactos recogidos del conjunto de Silvia encontramos tres cepillos de dientes con mango de hueso. Ernest Gaines, un escritor afroamericano que nació en una plantación de Louisiana, se refie-

re a la limpieza dental como uno de los hábitos de salud que los reformistas afroamericanos intentaban instalar en las poblaciones rurales (Gaines 1971:154). Es tentador pensar que esos artefactos eran la plasmación material de un esfuerzo tan enorme.

He argumentado en otro sitio (Wilkie 2000b) que la elección de remedios medicinales por parte de la comunidad afroamericana refleja una conexión con el sistema etnomedicinal que tiene distintas raíces africanas, europeas o de nativos americanos y que representa una comprensión diferente del cuerpo y de la salud. La regulación de la presión sanguínea, de manera que no sea ni muy alta ni muy baja, es central en el sistema etnomedicinal afroamericano (Matthews 1992). De gran interés entre las medicinas recuperadas en la casa Freeman, están varios ejemplares de “Dr. Tichenor’s Antiseptic”, antiséptico que contenía alcohol, alcanfor y menta como ingredientes activos. La menta es un ingrediente medicinal de enorme importancia en todos los remedios caseros afroamericanos, pero la idea de usar antiséptico no es compatible con una tradición etnomedicinal que vincula la salud general a la salud de la sangre. El uso de antisépticos supone un paso adelante dentro de los principios de la teoría de los gérmenes y la maternidad científica. También se recuperó Vaseline, una marca de vaselina que se usaba en el tratamiento de la piel y el cabello y como antiséptico. El conjunto recuperado de la ocupación de la casa por las hijas de Silvia demuestra un importante avance hacia las ideas de salud de la maternidad científica. Además del “Dr. Tichenor’s Antiseptic” las mujeres usaron yodo, alcohol de frotar y un buen número de productos necesarios para regular la digestión.

El pequeño patio que rodeaba la casa de Silvia y los juguetes recuperados de Oakley muestran que los niños jugaron principalmente en el área inmediatamente cercana a la casa o a la cocina en la que su madre trabajaba. El patio se conservaba limpio, con la basura y los restos depositados debajo de la casa (que recordemos estaba situada sobre vigas). Si los niños estuvieron correteando descalzos, la limpieza del lugar habría hecho que no corrieran peligro de pisar cristales rotos, restos de comida descompuesta y clavos oxidados que hubieran puesto en riesgo su salud.

Quizá la mejor evidencia de que Silvia estaba influenciada por el cada vez más importante dis-

curso de la maternidad científica y del cuidado apropiado de los hijos viene de otras inversiones que hizo en su prole. Las compras del economato demuestran que Silvia compraba zapatos con regularidad para sus hijos, lo que, como hemos mencionado antes, era un hecho extraño en la comunidad afroamericana de las áreas rurales. Las propias descripciones de Silvia y de sus hijas por parte de las empleadoras las describen como trabajando descalzas en la casa mientras realizaban las tareas domésticas. Por tanto, calzar a sus hijos fue una verdadera declaración de intenciones. Silvia también invirtió en la educación de sus hijos, pues en el censo de 1900 todos ellos sabían leer y escribir. Pizarras, lápices y un tintero con su pluma fueron recuperados de la excavación de la casa mientras estuvo ocupada por Silvia, y el libro de cuentas de 1891 del economato la describe comprando cartillas de cuentas para el colegio de su hija. El conjunto de cultura material incluía también plumas y plumillas.

La maternidad científica impulsó a las mujeres a imaginar niños fuertes, sanos y exitosos y les proporcionó a las mujeres los elementos necesarios para alcanzar esos objetivos para sus familias. Silvia Freeman imaginó un futuro diferente para sus hijos, distinto de aquel que la sociedad blanca les había impuesto. Trabajó con sus pocos recursos y en un trabajo no lo suficientemente agradecido hacia la consecución de ese sueño. En este sentido, ella es igual que las otras madres de las que hemos hablado en este texto.

#### **4. Conclusiones**

Para las mujeres de finales del siglo XIX y principios del XX, el parto era un momento aterrador y el cuidado de los frágiles seres resultado de ese evento era igualmente preocupante (Faust 1996). Quizá por esta razón, la maternidad científica, con su promesa de dotar a las mujeres con nuevos medios de protección de sus hijos ante la enfermedad y la mala salud, resultaba tan atractiva. Estas mujeres estaban esperanzadas en que aprendiendo de los descubrimientos científicos podrían asegurar un buen futuro a sus hijos, que incluyera cuerpos y mentes fuertes. La maternidad científica, con su reconocible conjunto de prácticas de salud y de dieta, dio también a las mujeres la oportunidad de demostrar a sus iguales sus habilidades como

madres. Sabemos que tres de las cuatro mujeres aquí tratadas perdieron al menos uno de sus hijos por muertes prematuras, lo que podría haberlas empujado a adoptar algunas de estas prácticas.

De todas formas, la maternidad científica no guió la totalidad de las prácticas maternas de estas mujeres, ni fue acogida de la misma manera por todas. Es difícil que Ida Hancock, como miembro de la élite, fuese criticada por sus contemporáneas por sus prácticas maternas; en contraste con Katie Cordes que seguramente se preocuparía por las actitudes de sus conocidas sobre sus creencias religiosas y que además era la esposa de un servidor público. Sus prácticas maternas demuestran no sólo una preocupación por la salud, la higiene y la nutrición, sino que además esbozan las pretensiones sociales para su familia. Lucrecia Perryman luchó en una batalla diferente y los principios de la maternidad científica le dieron las bases para convertirla en una matrona deseada por sus clientas, pero también se entrelazan con la justicia social y con los esfuerzos constantes y ambiciosos de movilizar a las comunidades afroamericanas. Su uso de la maternidad científica, tanto en su familia como en el trabajo, tiene un componente político ya que le permitió confrontar directamente los perversos estereotipos sobre las mujeres afroamericanas. Para Silvia Freeman, una mujer con escasas oportunidades económicas, las ideas de la maternidad científica le dieron la oportunidad de orientar sus gastos hacia el futuro de sus hijos e hijas.

La elección de las madres de implicarse en ciertas prácticas maternas tuvo consecuencias definitivas para sus hijos e hijas, que resistieron el horrible sabor del aceite de hígado de bacalao, los purgantes y los extractos de malta como parte de su régimen de salud, escuchaban sus regañinas sobre comerse la verdura y beberse la leche, sufrían las preguntas sobre su regularidad, y las inspecciones para asegurarse de que los cortes y arañazos estaban bien desinfectados o que se ponían los zapatos antes de salir a jugar a la calle, donde no debían tocar nada sucio. Las madres pueblan este artículo debido a las circunstancias fortuitas del registro arqueológico, siendo la primera conexión el que

todas vivieron en sitios que hoy son yacimientos arqueológicos donde yo he llevado a cabo excavaciones. Sus diversas condiciones económicas, sociales y raciales hubieran hecho una conversación entre ellas prácticamente inimaginable, pero aún así, las cuatro siguieron determinadas rutinas y rituales como resultado de sus prácticas maternas y es posible imaginar a sus hijos e hijas teniendo mucho que contarse los unos a los otros.

Este artículo tenía varios objetivos. Por un lado quería ilustrar sobre cómo los niños y sus experiencias no están aislados del resto de las comunidades y las unidades domésticas donde vivieron. En este sentido me hago eco del trabajo de otras investigaciones (Sofaer 1994, 2000; Baxter 2005; Ardren y Hutson 2006). Los niños y niñas pudieron tener cierta autonomía y ser actores sociales por sus propios medios, pero su mundo estaba modelado por las mujeres que los criaron. Así que aunque Bertram y Allan Hancock, Caroline, Sarah, Frank, Emma, Rachel, Rebecca, Kate, Marshall y Walter Perryman, Margaret e Irene Cordes, y John, Joseph, Delphine, Louisa y Christine Freeman han sido poco tratados en estas páginas, este trabajo trata en última instancia de las ideas que modelaron sus experiencias corporales en la infancia, tal como se ve a través del registro arqueológico. Durante bastante tiempo las publicaciones sobre la maternidad científica trataron sobre el cuidado del cuerpo y desde la arqueología podemos acceder a este tema a través de artefactos tales como recipientes para beber, escupideras, figurillas decorativas, pipas para tabaco, agua de soda, mantequilla de cacahuete y cualquier otro tipo de producto o aplicación medicinal que se trate. Todo esto me lleva a un comentario final: el cuidado y la crianza de los niños y niñas, sin importar cuál sea la ideología que influya en esa crianza, es capaz de transformar e influir sobre cualquier aspecto social, ritual o económico de la vida doméstica. Los niños y niñas no son una categoría que deba ser separada de los estudios generales, sino que son realmente una parte integral y muy importante de la experiencia humana que debe ser considerada por la arqueología.



## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- APPLE, R. (1997): Constructing Mothers: Scientific Motherhood in the Nineteenth and Twentieth Centuries. *Mothers and Motherhood* (R.D. Apple; J. Golden, eds.), Ohio University State Press, Columbus: 90-110
- ARDREN, T. (2006): Setting the Table: Why Children and Childhood are Important in an Understanding of Ancient Mesoamerica. *The Social Experience of Childhood in Ancient Mesoamerica* (T. Ardren; S. Hutson, eds.), University of Colorado Press, Denver: 3-22.
- ARDREN, T.; HUTSON, S. (eds.) (2006): *The Social Experience of Childhood in Ancient Mesoamerica*. University of Colorado Press, Denver.
- BAXTER, J. (2005): *The Archaeology of Childhood: Children, Gender and Material Culture*. AltaMira Press, Walnut Creek.
- BEECHER, H.; STOWE, C. (1870) *The American Woman's Home*. J. B. Ford, Nueva York.
- CAMPBELL, H. (1881): *The Easiest Way in Housekeeping and Cooking*. Fords, Howard and Holbert, Nueva York.
- COLLINS, P.H. (1990): *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness, and the Politics of Empowerment*. Routledge, Nueva York.
- CLARK, B.; WILKIE, L. (2006): *Prism of Self: Gender and Personhood. Handbook of Gender Archaeology* (S. Nelson, ed.), AltaMira Press, Walnut Creek.
- CULPEPPER, M. (2001): *Images of America. Mobile: Photographs from the William E. Wilson Collection*. Arcadia Publishing, Charleston.
- EDDY, M.B. (1934): *Science and Health with Key to the Scriptures*. The Christian Science Board of Directors, Boston.
- ETTLING, J. (1981): *The Germ of Laziness*. Harvard University Press, Cambridge.
- FAUST, D.G. (1996): *Mothers of Invention: Women of the Slaveholding South in the American Civil War*. Vintage Books, New York.
- GAINES, E. (1971): *The Autobiography of Miss Jane Pittman*. Bantam, Nueva York.
- ISRAEL, F. (1971): *1897 Sears, Roebuck Catalogue*. Chelsea House Publishers, Nueva York.
- KIPLING, J. (1990): *Glass Analysis of the Hancock Ranch Shin-en Kan Site (LAN-1261)*. Report on file, Fowler Museum of Cultural History, University of California, Los Angeles. Informe inédito.
- LITT, J.S. (2000): *Medicalized Motherhood: Perspectives from the Lives of African American and Jewish Women*. Rutgers University Press: New Brunswick.
- MATTHEWS, H. (1992): Doctors and Root Doctors: Patients who use both. *Herbal and Magical Medicine* (J.K. Kirkland; H.F. Matthews; C.W. Sullivan and K. Baldwin, eds.), Duke University Press, Durham: 68-98.
- NERAD, M. (1999): *The Academic Kitchen: A Social History of Gender Stratification at the University of California, Berkeley*. State University of New York Press, Albany.
- PARLOA, M. (1910): *Home Economics: A Practical Guide in Every Branch of Housekeeping*. Century, Nueva York.
- ROTHSCHILD, N. (2002): Introduction. *Children in the Prehistoric Puebloan Southwest* (K. Kamp, ed.), University of Utah Press, Salt Lake City: 1-13.
- SOFAER, J. (ed.) (2000): *Children and Material Culture*. Routledge, Londres.
- SOFAER, J. (1994): Where are the Children? Accessing Children in the Past. *Archaeological Review from Cambridge* 13 (2):7-20.
- STAGE, S. (1997): Ellen Richards and the Social Significance of the Home Economics Movement. *Rethinking Home Economics: Women and the History of a Profession* (S. Stage; V. Vincenti, eds.), Cornell University Press, Ithaca: 79-95
- SULLIVAN, Ch.L. (2003): *Zinfandel: A History of a Grape and its Wine*. University of California Press, Berkeley.
- TOMES, N. (1997): Spreading the Germ Theory: Sanitary Science and Home Economics, 1880-1930. *Rethinking Home Economics: Women and the History of a Profession*. (S. Stage; V. Vincenti, eds.), Cornell University Press, Ithaca: 34-54.
- TUCKER, S. (1988): *Telling Memories among southern Women: Domestic Workers and their Employers in the Segregated South*. Schoken, Nueva York.
- WALL, D.D. (1994): *The Archaeology of Gender: Separating the Spheres in Urban America*. Plenum Press, Nueva York.
- WILKIE, L.A. (1988): *A Policeman's Lot: Family Life in Early 20th Century Santa Monica*. Report on File, Fowler Museum of Cultural History (Inédito).
- WILKIE, L.A. (1994): *Childhood in the Quarters: Playtime at Oakley and Riverlake Plantations*. Louisiana Folklife, XVIII: 13-20.
- WILKIE, L.A. (2000a): Not Merely Child's Play: Creating a Historical Archaeology of Children and Childhood. *Children and Material Culture* (J. Sofaer, ed.), Routledge, Londres: 100-113.

- WILKIE, L.A. (2000b): *Creating Freedom: Material Culture and African-American Identity at Oakley Plantation, Louisiana, 1845-1950*. Louisiana State University Press, Baton Rouge.
- WILKIE, L. A. (2003): *The Archaeology of Mothering: An African-American Midwife's Tale*. Routledge, Nueva York.
- WILKIE, L.A.; FARNSWORTH, P. (2005): *Sampling Many Pots: A Historical Archaeology of a Multi-Ethnic Bahamian Community*. University Press of Florida, Gainesville.
- WILKIE, L.A.; KIPLING, J. (e.p.) *Historical Archaeology at the Rancho La Brea*.
- WOOD, A.D. (1984): The Fashionable Diseases: Women's Complaints and their Treatment in nineteenth century America. *Women and Health in America* (J.W. Levitt, ed.). University of Wisconsin Press, Madison: 25-52.